de mi conversion; leyóla y volvióla à leer y siempre fué derramando lágrimas.

"Ofrecíle que haria para su uso, un análisis de las principales pruebas de la religion cristiana, y habiéndome contestado que le daria mucho gusto verlo, dí principio á la obra. Este opúsculo produjo felicísimos efectos, gracias al Maestro supremo de las inteligencias y de los corazones. El mismo amigo me instó á que lo publicase.

"¡Permita el cielo que sea útil á aquellos de entre mis lectores que, por no hacer un maduro exámen, se han apartado de la religion ó están atormentados de una duda destrozadora! Hallándome ya próximo al término en que todo, menos la verdad, desaparece para el hombre; en una edad en que la fascinacion de los sentidos se disipa, y el tumulto de las pasiones se calma, acaso tengo algun derecho á que me escuchen aquellos á quienes deseo enseñar el camino de la verdadera filosofía, de la felicidad verdadera.

VEUILLOT.

Un viaje hecho á Roma en compañía de varios amigos cristianos, fué la causa de que volviese á la fe católica esa alma selecta, que, des-

pués de haber estado sometida á la triste influencia de su siglo, ha consagrado toda su existencia á la defensa de la verdad. Hemos extraido, los pasajes que presentamos á nuestros lectores, de la excelente obra intitulada: *Roma y el Loreto*

"A nada me decidia yo sin embargo! De dia en dia, de hora en hora lo iba diferiendo, y habia trascurrido mas de un mes que habia empleado en iluminar mis ideas, en disipar las tinieblas de mi ignorancia, en resolver mis dudas, en pulverizar mis objeciones; y á pesar de esto, ¡estraña y terrible circunstancia! en la incertidumbre de mi voluntad no se operaba cambio alguno. La conviccion de la existencia de Dios habíame conducido á las convicciones del catolicismo. No batallaba yo sobre los dogmas, porque nada presentaban á mi ánimo que no fuese fácil de admitirse; y cuando encontraba algo que no era para mí completamente claro, siquiera concebia que era porque no podia comprenderlo. Dios, sin duda, habia querido concederme esta gracia en atencion á la buena fe con que obraba. Tampoco discutia, fácil es de creerse, sobre la necesidad de decidirme de una vez á encaminarme hácia Dios. Empero mientras mas débiles se volvian los vínculos que me detuvieran menos me atrevia á confesarlo y mas miedo me daba contemplarlos. El pecado estaba domiciliado en mi alma, y defendia su posicion sugiriéndome mil artificios y mil demoras. Deseaba yo sin duda su derrota, pero te-

mia tanto como él que llegase el instante en que hubiera de quedar vencido.

Era impotente mi razon, mis mejores deseos abortaban, veíase despreciada la gracia y el temor mismo no conseguia hacerme mover á pesar de herirme con sus mas ardientes aguijones. No me era posible vencer sino con el auxilio del sacramento de la penitencia, y el demonio, que reinaba en mí, me inspiraba hácia la confesion un terror invencible.

¡Pues qué! decíame yo para mí mismo, ¡iréme á arrodillar à los piés de un sacerdote, iré á descubrir ante sus ojos todos los actos de mi vida y á mostrarme á él, no cual mis amigos me conocen, sino cual verdaderamente soy! ¡iré á despojar de su manto de hipocresía tantas obras de hermosa apariencia, pero en realidad detestables por medio de las cuales he engañado á los demas captándome su aprecio! ¿y para qué todo eso? para contraer después el compromiso, con el cual no me será dable cumplir acaso, de abandonar costumbres que son las de mi vida, de vencer instintos que siempre me vencieron, y de no andar ya en pos de mil objetos que me es fácil menospreciar sin duda, pero que es imposible ¡ay de mí! que no ame....

"Gustavo seguia con una cariñosa inquietud mis combates internos; esa ciencia del corazon humano que á todo cristiano hace adquirir el vigilante exámen que de su propio corazon sin cesar hace, permitíale descubrir las renacientes peripecias del mio, inspirábale la caridad que

hiciese uso, para conmigo, de sus derechos de antiguo amigo para ofrecerme discretamente los consejos que mi soberbia y mi confusion se oponian á que pidiese. Unas cuantas palabras de él bastaban para que desease desahogar el torrente de mis angustias; y ciertamente poco trabajo habria costado para que hubiese hecho aquella revelacion que tanto terror me causaba ir á confiar á un confesor. ¡Tan cierto así es que existe una necesidad natural é imperiosa de acusarse y gemir, de arrojar del alma ese peso de iniquidades que la oprime, á fin de que en ella quede ámplio ugar para los sentimientos nobles y grandiosos! Pero Gustavo me decia: "No es á mí á quien debes referir tu vida; Dios no te pide que hagas estas revelaciones sino á aquellos que tienen la facultad de absolverte; en cuanto á mí, lo mas que podria hacer seria compadecerte, y aun acaso correria el riesgo de llegar á apreciarte menos. El demonio es el que nos sugiere el deseo de hacer esas confidencias, porque de ellas espera obtener una doble ventaja; tanto por el escándalo que de ellas puede resultar, como por la funesta costumbre que de ese modo se contrae de hablar de sus culpas sin lavarlas y sin sentir arrepentimiento; al mismo tiempo sabe inspirarnos horror hácia la confesion, porque la confesion, va acompañada de celestiales gracias suficientemente abundantes para que podamos triunfar de él. ¿No comprendes eso? Explícame, pues, de otro modo esa extraña pro-

pension tuya à revelar tus secretos á un hombre que puede venderlos mas bien que á un sacerdote que debe llevárselos al sepulcro, y que, probablemente ha oido muchos infinitamente mas espantosos, supuesto que otros de mas edad y mas pecadores que tú se han convertido y han alcanzado el perdon de sus culpas.

"Créeme, toma á Dios en tu axilio; pon esa fuerte guarnicion en tu alma cercada de tantos enemigos que están furiosos porque ya no pueden penetrar á ella sin obstáculo. Infinitos ensayos has hecho para obtener tranquilidad y triunfar de tí mismo, y todo ha sido en vano; pero no has hecho prueba de los medios que la religion te presenta; sírvete de ellos. Hace 1800 años pue producen buenos resultados en el mundo, y fueron de grande u.ilidad para mí mismo; porque en esa tu contínua tristeza estoy leyendo una página de mi historia. Serán omnipotentes para tí, como para todo hombre de buena voluntad siempre lo fueron. *¡Paz á los hombres de buena voluntad!* esto era en la noche de Belén lo que los ángeles cantaban.

"Por lo que hace á tu perseverancia no te inquietes; ademas de un milagro que espera la gracia, y que no podrás comprender bien sino cuando en tì se haya consumado, la Iglesia sabe retener á sus hijos en su seno cuando una vez se han arrojado entre sus brazos. Por medio de una multitud de prácticas, llenas de confianza y de dulzura que nos enseña, que multiplica, y á cada una de las cuales agrega algun nuevo favor que nos robustece, contraemos tan grata costumbre de conservar el pensamiento del cielo y de cumplir con nuestros deberes, que en breve no creemos ya que nos sea posible olvidarlos. Vivirás todos los dias bajo la proteccion de las preces que por la mañana hubieres proferido; te dormirás bajo las alas de tu ángel bueno en todos los actos de tu vida; una palabra, el mas leve objeto, la cosa mas insignificante, bastarán para que se susciten en tí sentimientos de confianza, de amor y de arrepentimiento que Dios tornará á su cuidado hacer que fructifiquen; atenderás á sus promesas y á sus amenazas, que son santas tambien y salutíferas, y te levantará si cayeres. De esto que te estoy diciendo estoy seguro; Dios lo ha hecho, no una vez, sino cien y aun mil veces al dia por mí mismo; y ante su amor no eres tú de un precio mas bajo. Esto no lo puedes saber tú, es cierto, como yo; todavía no están tus ojos maravillados y deslumbrados con esos incesantes portentos, porque Dios da el adorable espectáculo de ellos al precio de un acto de fe y de obediencia que todavía estás empeñado tú en rehusarle; permaneces al pié de un muro que te oculta las maravillas del Edén y sus frutos. Traspasa ese muro como lo han traspasado tantos otros, y verás tú del mismo modo que han visto ellos, del mismo modo que yo veo...."

No podia yo contestar á esto, ni tampoco queria moverme. Pedia tiempo; decia que no

sabia esto ó aquello que pretendia que era de necesidad que aprendiese; no me sentia tan atribulado ni tan infeliz como se creia, ni tenia tanta prisa de entrar por la senda; ademas, no operaba Dios en mi favor este milagro; hasta entonces Dios habia tenido paciencia conmigo, sin duda todavía tendria alguna espera.—"¿Estás hoy mas adelantado que ayer? proseguia diciendo Gustavo. ¡Si supieras cuando ha llegado la hora, lo que siente uno en no haberla violentado cuanto podia, en lugar de haberla estado obstinamente diferiendo! Reflexiona en que se aumenta cada dia el número de esas culpas cuya muchedumbre te amedrenta ya hasta el estremo de pensar si no las confesarás nunca. Lo que no sabes hoy en tu vida habrás de saberlo; quizás te olvidarás en las tinieblas de tu endurecimiento, de que eres pecador, y de que Dios te ha ha dado un derecho al perdon valiéndote de su ternura. Porque Dios te ha concedido espera juzgas que continuará concediéndotela; pero el tiempo que debes pasar sobre la tierra está medido, su límite es irrevocable- y esta noche tal vez vas á estinguirte. No vayas á decir que eres jóven, que no has salido aún de tu edad florida, y que quieres disfrutar de tu hermosa primavera; ni tú ni yo podemos saber si no llevarás á los ojos de Dios los signos de una edad avanzada; si mañana has de morir debes considerarte anciano.

Estábamos en dias de Pascuas. A fin de solemnizar, como conviene á los hijos de Dios y

de la Iglesia católica, esta festividad gloriosísima, esforzábanse mis amigos en aumentar su natural piedad, y aumentaban en efecto su vigilancia para consigo mismos y en oraciones por intencion mia. Algun motivo religioso presidia à todas las visitas que hacian en Roma, á las cuales constantemente les acompañaba; la fe y el amor hácia Dios inspiraban sus conversaciones; permanecian mas tiempo que antes prosternados ante los altares, y sentíame yo mas atribulado é inquieto que nunca, y mas que nunca irresoluto. Siempre estaba en espera de aquellas cartas que no llegaban, imaginábame que desde mi salida habrian acaecido algunas catástrofes, y que acaso con esto empezaria Dios á castigarme, ó simplemente figurábame que, olvidado de aquellos de quienes me juzgaba amado, se me iba á demostrar otra vez, lo que ya tantas otras se me demostrara, es decir, la falsía de todos los efectos.

Envidiaba la felicidad de que aquellos mis cristianos amigos disfrutaban, amándose entre sì con una amistad santa y estable, amando siempre á Dios sobre todas las cosas y viviendo continuamente en la certidumbre de su amor.

Un dia domingo propuso uno de ellos santificar la tarde con una lectura piadosa; convinieron todos en ello y yo tambien acepté de muy buena gana. Adolfo habia sacado de Paris algunos volúmenes que contenian la *Cuaresma* de Bourdalue; leyó los título de varios sermones;

uno preferia este, el otro aquel. Convinieron en que se atendrian al de la época en la cual estabamos; entrabamos en semana santa.

Aunque no soy yo nada hábil en el arte precioso de la lectura en alta voz, ya por vanidad, ya por el deseo de complacer á mis amigos me habia ofrecido por lector. Presentóme pues el libro Adolfo, abierto en el sermon correspondiente al lúnes de la semana; intitulábase: "*Sobre la tardanza en la penitencia.*" Al principio no puse cuidado en este título, que sorprendió á mis compañeros como me lo confesaron mas adelante, y que les hizo fijar su atencion juzgando que aquel era un solemne aviso que el Señor me iba á dar en presencia de ellos. Por lo que hace á mí, positivamente no pensaba mas que en leer lo mejor que pudiera, á aquellos cristianos, un discurso que, por su naturaleza, mas que à mí les interesaria.

Nada conocia yo de Bourdaloue, pero aprendí pronto á conocerle. Sabido es como este gran predicador procede: establece y divide, en unas cuantas líneas de una claridad admirable, el asunto de su discurso; y apoderándose inmediatamente del ánimo de sus oyentes, les hiere como con un golpe de maza con el conjunto de las severas á irresistibles doctrinas que en seguida va á desarrollarles; después camina, se adelanta con tranquilidad pero sin consideracion á nadie, sube como las caudalosas aguas cubriendo en toda su estension el espacio que se ha señalado, va destruyendo una tras otra

todas las objeciones, pasa de los mas fútiles à los más fuertes y las sumerge todas en su poderoso torrente de lògica incesantemente robustecida con el vigor inmenso de la fe y con la ciencia de la doctrina que es la verdadera ciencia de Dios. No emplea sino pocas figuras, ningunas flores oratorias: no piensa en conmover y se desdeña de seducir; pero se expresa con una claridad que ningun subterfugio permite, tiene un raciocinio que se eleva sin esfuerzo alguno á todas las alturas, y posee un impasible certidumbre de la evidencia que arroja á cuanto se le opone à la esfera de la contradicion y de la locura. Ahora bien, encontrábame yo luchando con este durísimo adversario en el último terreno que me habia quedado por refugio. Cada palabra que yo leia caia directamente sobre mi ánimo, pulverizaba mis prestestos, ponia en claro mis artificios, me convencian de mi desatino y proclamaba mi locura, ó mejor dicho ya no leia sino que escuchaba con una especie de espanto y estupor mi propia voz que me parecia no ser la mia, y que, revelándome en presencia de mis amigos todos mis miserables pensamientos, me cubrian de confusion y de vergüenza. Temblaba yo, tartamudeaba, sentìame sonrojado y se llenaba de sudor mi frente; tan pronto queria dejar á un lado el libro y retirarme, tan pronto queria interrumpir lo que leia y confesar que estaba vencido que hacia solemne protesta de que no seguiria ya resistiéndome á razones cuya fuerza me dejaba absolutamente sin

disculpa, tan pronto sentia que me querian brotar las lágrimas, y continuaba por entre aquella tormenta de sentimientos encontrados, leyendo aquel sermon, aquella admonicion á la vez paternal y terrible en que las amenazas de muerte figuraban al lado de las seguridades de salvacion mas consoladoras, si mi deseo era el de salvarme, y que me hacian tan visiblemente conocer que en efecto. en la posicion en que Dios me habia puesto, tenia yo mismo, en mispropias manos, el don de la gracia ò la sentencia de mi condenacion.

Todo lo que se me tenia dicho, cuanto yo á mí mismo me decia y cuanto temia confesarme, repetíamelo Bourdaloue á voz en cuello, con la suprema autoridad de la santa Escritura, con la de los santos Padres, con la de su propio ingenio, y esto por medio de palabras que penetraban como puñales candentes hasta lo mas recóndito de mi conciencia: "Hoy vengo á deciros, clamaba aquel predicador, lo que el ángel dijo en la cárcel á San Pedro: *Surgite velociter*: levantaos sin tardanza. Bien sé yo cual es la ilusion que os seduce y por medio de qué pretestos os engaña la pasion yá la vez de vosotros se burla. Para calmar los interiores remordimientos de vuestra alma no haceis total renuncia de al penitencia sino que simplemente la diferís; no decìs: "Yo no me convertiré nunca, porque esa desesperacion horroriza; sino que decís. "No me convertiré todavía tan pronto;" peces yo quiero haceros ver cuales son las desgracia-

das consecuencias de esa demora y el peligro horrendo á que os expone....

Nada, hermanos mios, hay cierto en lo futuro, sino su misma incertidumbre. Nada hay cierto en él sino que en él nos veremos sorprendidos; porque nos lo ha dicho el Salvador del mundo en términos expresos: *Quá horá non putatis*. Después de un palabra tan terminante, pero tan terrible, ¿habré de agregar todavía al desórden de mi pecado, los desórdenes de la temeridad mas insensata, diferiendo incensantemente mi conversion, pidiendo que hasta el sigiente dia se me conceda tregua, *Inducias usque mane?* ¿Y para qué pedimos esa tregua que puede no llegar á ser, si la obtenemos, mas que una afectada continuacion de iniquidades, y si no la alcanzamos, mas que la causa de una final impenitencia? ¿Por qué he de esperar ostinadamente al dia siguinte, contraviniendo al oráculo de la sabiduría que me lo prohibe diciéndome: *Ne glorieris in crastinum?* ¿Puedo acaso ignorar que esa demora ha sido la perdicion de innumerables almas, y que el infierno está lleno de réprobos á quienes esa espera ha impelido á la última desgracia? Lisonjeábanse de que se les esperaria hasta el dia siguiente, y no hubo para ellos ese dia; habian hecho pacto con la muerte, segun la expresion del sagrado texto, y no cumplió con él la muerte. ¿Será creible que cambie de naturaleza para conmigo, y siendo tan infiel para contodos los demás hombres seré yo el único que tenga derecho á

cifrar mi confianza en ella? Aun cuando se me conceda ese dia siguiente que solicito, ¿emplearé realmente ese tiempo en mi penitencia y conversion? ¿Es oportuno para la penitencia cualquier tiempo? No todos los tiempos son los de la penitencia.....

"Bien conocemos, ¡oh cristianos! ese tiempo en que nuesto Dios se digna visitarnos; ese dia que nos concede Dios lo conocemos, y acaso en este instante en que os estoy hablando, Dios os dice: Este es, pecador, el últ[illegible] vuestros dias; este es el término del tiempo que os tengo destinado; hoy es preciso que os desprendais de esa vuestra vida libertina, porque ya no quiero demora."

Palabras eran estas que me hacian llorar, por que palpaba que en mí mismo existia el milagro que me anunciaban; pero poco después sentíame sobrecogido de pavor al escuchar estas amenazas:

"¿Quién sabe si Dios, volviéndose contra nosotros (después que hayamos despreciado su gracia), no nos dirá entonces lo que aquellos judíos de que habla el capítulo primero de Isaías: Retiraos, y no comparezcais ante mis altares para presentarme una ofrenda indigna de mì; no os conozco ya, y vuestros sacrificios me son molestos. Como Rey de los siglos y Monarca eterno queria yo para mí las primicias de vuestros años; queria aquellos años de prosperidad que en años de disolucion trasformásteis; queria aquellos años de salud que con-

sumisteis en la ociosa tranquilidad de una muelle y perezosa vida; queria aquella juventud que convertisteis en escándalo para tantas almas; queria esa edad madura que se ha pasado ocupada en las intrigas de vuestra ambicion desmedida; todo eso lo habeis sacrificado al mundo, y lo habeis hecho con la seguridad de que ofreciéndome unos cuantos resquicios de ello con eso solo bastaria; pues yo os digo que esas oblaciones me son odiosas y que á mi glo[illegible] he reprobado las." Así hablaba el Señor y así se conduce á cada paso con ciertos pecadores después de las criminales demoras que para convertirse emplean...."

Mis amigos tuvieron lástima de mí, y pretextando el cansancio que debia haberme ocasionado una lectura tan dilatada, me interrumpieron á la conclusion de la segunda parte. En efecto no podia yo mas; una gran porcion de la noche, la voz de Bourdaloue estuvo retumbando en mis oidos, y el dia siguiente intimidábame todavía como el imponente estallido del rayo.

Aquel dia, que si no me engaño era el lúnes ó mártes santo, fuimos á oir misa á San Pedro. Nunca entraba sin emocion en aquel magnífico templo, y como un verdadero católico de Roma hacia en él acto muy íntimo de devocion. No dejaba de besar el pié de aquella estatua de príncipe de los apóstoles cuyo bronce, en aquella parte ha llegado á gastarse y ha tomado diverso color con el contacto de los labios de los

fieles. ¿Cuales serian los primeros malhadados corazones que tuvieron el triste placer de disputar al hombre ese natural sentimiento que le inclina á venerar las reliquias de los santos y á invocarles en presencia de sus imágenes? No hay duda de que estaba yo exento de preocupaciones; no era yo todavía cristiano, negaba aun á Dios lo que esencialmente me pedia, y sin embargo amaba ya á los santos porque mi corazon y mi razon me mostraban en ellos mediadores que me era grato y consolador llamar en mi auxilio.

Después de haber oido misa fuimos á arrodillarnos delante de la balaustrada que rodea, al lado del altar mayor, al sepulcro de los Apóstoles. Esto era lo que haciamos siempre que visitabamos á San Pedro, y aun puedo confesar que antes me habia parecido con frecuencia que mis amigos se estaban allí demasiado tiempo; pero no sucedió así aquel dia. Uniendo las manos y apoyando en ellas la frente, atrevíme en fin á contemplar francamente ante Dios mi alma, trastornada desde hacia un mes, cargada de tantas inquietudes, acosada de tantos remordimientos, avergonzada de sus cobardías, aterrada del porvenir que le esperaba y vacilante aun en sus resoluciones. Nunca habia percibido tan distintamente mis miserias, sentíme poseido de compasion para conmigo mismo, y no pudiendo ya contenerme púseme á llorar á rienda suelta con una angustia y un extremo de dolor imposible de describirse. Aquello era una tribulacion sin igual, era una confusion inaudita; era á la vez el remordimiento de mis pecados y el amor de ellos, la ira, la ternura, el inútil furor de un corazon á pesar de él mismo vencido, el noble arrepentimiento de un hijo que volviera al seno de su padre, la desesperacion de un jóven á quien se arrebataran sus placeres, el agradecimiento de un preso á quien de sus cadenas se libertara, en fin todo lo que me era dado pensar, comprender y sentir alimentaba el torrente de lágrimas que vertia. Lloraba de haber desconocido á Dios, lloraba de que no podia ya, sin temor, ofenderle. Prosternado á sus piés pedìale que anonadase él mismo hasta el menor vestigio de los indignos ídolos por quienes tanto tiempo le abandonara, y cási al mismo instante, ¡oh locura, oh miseria humana! suplicábale que no los destruyese, y como si hubiese llorado sangre parecíame que con las lágrimas se me iba la vida.

A aquel combate violento, empero rápido, aunque no lo fué tanto que no hubiese podido abrazar, en la confusion ocasionada por la derrota, el conjunto de mis mas encontrados deseos, siguiòse en breve cierta tranquilidad que me condujo á tristísimas reflexiones. Parecióme que me encontraba en el mismo estado que antes, y que el dia de la conversion de que me habia hablado Bourdaloue la víspera, ó no habia llegado todavía ó mas bien habia ya pasado, pasado para siempre, pasado por mi culpa, pasado para mi condenacion eterna, y que iba yo

á morir culpable ó á sumergirme mas aun en el lodazal de iniquidades de que me hubiera sido fácil huir, para hacerme merecedor, cubriéndome de mas feas manchas, de mas terribles castigos. Entonces apoderóse de mi corazon una especie de rabia, y atrevíme á revelarme contra aquél decreto, que me suponia haber Dios pronunciado. ¡Pero que! decia yo para mí, ¿no es clemente Dios, y no está lleno de misericordia? No me ha condenado supuesto que hoy quiero convertirme, y lo que solo le pido es que me preste un poco de auxilio.... ¿Y qué auxilio era el que yo pedia? un milagro sin duda, porque no era capaz de comprender el que en mí se estaba operando. Como si hubiera esperado que me veria trasportado por los aires, ó que percibiria, con mis ojos físicos y materiales á Dios descendiendo de su gloria para absolverme y trasformarme, figurábame que no me queria dar oido porque estos portentos no se operaban. Dirigíme á los Santos apóstoles diciendo: Pedro, vos negasteis tres veces á vuestro maestro; Pablo, vos le perseguisteis; ¿habré pecado yo mas que vosotros? ¡amparadme! ¡alcanzadme el perdon que vosotros mismo alcanzasteis! ¡Singular oracion aquella! ¡aquel era sin duda un grito que hiciera exalar la soberbia al gusano aplastado á medias en el fango! Empero queria mi desgracia que hubiera de ofender á Dios aun al implorar su mercedes, y que después de haber solicitado que me perdonase mis culpas, le habia de pedir que me perdonase tambien mi insolente arrepentimiento.

Y como los santos apóstoles no salieran de su sepulcro para asgurarme en persona que sí intercederian por mí, después de haber derramado nuevas lágrimas levantéme convencido de que no habia de convertirme.

He aquí el triunfo de la razon humana, he aquí por lo menos los servicios que mi propia razon me prestara. Toleraba, es cierto, que yo quisiese á cada paso que por mì se operasen milagros, empero no era suficiente para impelerme hácia aquel punto á donde todo la decia que se llegarian á consumar aquellostan deseados portentos.

Y cuando hubimos salido del templo desgarré el corazon de mi pobre Gustavo, que habia visto un feliz anuncio en aquellas mis lágrimas y dilatadas preces, al decirle con sinceridad que me habia ofrecido á Dios pero que Dios no me queria y que nunca seria cristiano.

Gratísimo momento de la vida del cristiano es aquel en que, no habiendo aun entrado del todo en la gracia de Dios, està cierto de que en breve habrà de entrar en ella y se prepara á tal objéto con un júbilo que no carece de temor y asombro, procurando borrar hasta los mas leves vestigios de sus manchas, á veces inquieto por no saber si podrá lograrlo, pero mas comunmente lleno de natural confianza en la voz de aquel que le promete que le volverá toda su